

LO INDEFINIDO

Pese a la numerosa literatura existente sobre la Transición, éste fenómeno histórico aún no ha sido definido. No porque su esencia sea indefinible o indeterminable, sino porque su nombre es usado como símbolo de cosas, ideas, conceptos, situaciones y fenómenos positivos, pero carentes de límites o de terminación. Convertida así en valor ideológico universal, o sea, en una propaganda, la Transición no permite ser definida o determinada. Pero observada desde fuera de su propia extensión cultural y de su propio idioma simbólico, la idea de cambio implicada en la de Transición puede ser delimitada y, en consecuencia, definida.

Hay que partir de que ese cambio ha consistido en el paso a las libertades públicas desde la Dictadura aunque, al incluir lo definido en la definición, se caiga en una tautología. Pues no se puede llegar a ideas claras y distintas más que partiendo de sus nociones confusas. Todas las definiciones esenciales no dejan de ser tautológicas. Pero eso no significa que sean dispensables en la comprensión de las realidades sociales.

Los principios de la lógica —no contradicción, identidad y tercio excluso— son tautologías indispensables. Lo decisivo es que la primera piedra de la construcción sea indiscutible. Por eso no he metido en juego, para iniciar la comprensión del cambio, la democracia ni la Monarquía. Esa dificultad no se presenta a los que se bastan con definiciones descriptivas y ostensivas, siempre parciales e incompletas, sin poner límites precisos al tiempo de duración del cambio y a la cosa transformada en el proceso de Transición. Y hay que empezar poniéndole límites temporales, pues ellos fijan la dimensión verdadera de lo que ha cambiado.

Los historiadores no están de acuerdo en la fecha inicial de la Transición. Unos la ponen en la muerte de Carrero, otros en la de Franco y otros en la elevación de Suárez a Jefe de Gobierno. Pero si tomamos como criterio el de la iniciativa del cambio hacia las libertades, ninguno de esos tres momentos es significativo. Nada pasó a la muerte de Carrero y de Franco, ni al nombramiento de Suárez, que no estuviera ya pasando. Sólo hay dos patrones para fijar el inicio de la Transición. El institucional o formal y el real o efectivo. El proceso de cambio institucional hacia las libertades comienza con el Referéndum de la Reforma política de 15 de diciembre de 1976.

Pero aceptar este criterio supone confinar la Transición en el Estado feneciente de la Dictadura, como si la apertura del «espíritu de 12 de febrero» del Gobierno Arias no hubiera existido, y la sociedad no hubiese iniciado, mucho antes, el movimiento ciudadano por las libertades.

Para el patrón real o efectivo, la Transición se inició el día 24 de junio de 1974, con la decisión de los promotores de la unidad de la oposición, reunidos en



el Hotel Lis de Lisboa, de anunciar enseguida (ante la negativa de Don Juan a ser actor en la historia de la rebeldía contra la Monarquía de Franco) la creación de la Junta Democrática de España, para convocar y dirigir el movimiento ciudadano por la libertad política. Cosa que hicieron en París y Madrid el 25 de julio de 1974. Antes de esa fecha, la acción de los partidos clandestinos no era determinante de la opinión pública ni de la evolución de la Dictadura.

Después de esa fecha, absolutamente todo lo que pasó en la sociedad política y en el Estado, en el Gobierno, en los partidos no integrados en la Junta, en la Asamblea de Cataluña, en la opinión pública, en la posición de la Comunidad Europea, las cancillerías extranjeras y las empresas transnacionales, estuvo condicionado o determinado por la Junta.

El «terminus a quo» de la Transición, quierase o no, es el 24 de junio de 1974. Queda por fijar cuándo terminó. Así podremos definir lo que ha cambiado en el tránsito de la Dictadura a la Monarquía.

Antonio GARCÍA TREVIANO

TRILLO SE ACERCA A CALDERÓN

El ministro de Defensa, Trillo-Figueroa, ha saltado a la arena mediática para ensalzar las virtudes y el trabajo del director del CESID, el general Calderón, que andaba últimamente en horas bajas. No era para menos, tras ver su nombre implicado en libros y artículos periodísticos sobre la trama del 23-F. Pero Trillo, jurista de la Armada en la reserva, ha despejado la tormenta aduciendo la «verdad legal»: el golpe es cosa juzgada y ahora hay que mirar al futuro.

No le ha faltado razón al ministro, sobre todo porque es rigurosamente cierto que el general ha logrado hacer olvidar los escándalos del CESID y sus agentes han trabajado a

El legado cultural de Manuel Altolaguirre y de su esposa-poeta Carmen Méndez, ha sido entregado hace pocos días a la Residencia de Estudiantes por Paloma Altolaguirre, su hija. Una noticia que sabe a sal y caracola. «Golondrina vertical en su piso de losa blanca y negra... Donde quiera que haya llegado, yo siempre lo he visto llegar por una Málaga clásica e impulsiva». Así hablaba Juan Ramón Jiménez de Manuel Altolaguirre en 1924, poco antes de que fundase con Emilio Prados la revista «Litoral». Alexandre destacaba el Ángel de Altolaguirre, su fuerza de vivir, su candor sapientísimo, su admirable inconsciencia de repartidor de gracias y donador de felicidad. Trabajó siempre por y para la poesía. Mucho más para la poesía de los demás que para la suya propia, lo que no es precisamente sólitico en Celtiberia. Donde el más rampante y mediocre de los perpetradores de versos se achula hasta el paroxismo creyéndose el mismísimo Apolo o el muy eximio Pan. Altolaguirre era, sin embargo, poeta de veras. Pedro Salinas lo imaginó dueño de una imprenta celeste, mágico impresor de estrellas y luceros, galaxias y asteroides, dispensador de la palabra que es magia del alma y viña de hononada ensole-



to desbordante de Manuel Altolaguirre. Tuvo mucho de nefelibata, es decir, amante de Nefere, la diosa-nube que salvó a sus hijos Frixo y Hele arrebatándolos por los aires con un vellocino de oro, regalo de Hermes. Rubén Darío tenía a gala ser nefelibata. «Nefelibata contento/creo interpretar/las confidencias del viento/la tierra y el mar». Altolaguirre interpretó con hondura esas confidencias. Fue un poeta confidencial, íntimo, hacia adentro, henchido de emoción mal contenida, hendido por el rayo de las primeras y últimas palabras, que brillan como cocuyos en la noche. O de las islas invitadas al festín de los dioses que se aman entre las nubes «químicas de plata» que nos contaba Antonio Machado. «Entre las nubes que, pese a su blancura/han de ser condenadas/a deshacer su túnica en lluvia, nieve o manto». Altolaguirre se niega a nutrir el desdén de las nubes que «desprecian las miradas amorosas del campo». Casi el consejo cervantino. Llaneza, que no se encumbren, que toda afectación es mala. «Pues tu amante es el polvo/y tu amor será el barro». Este es el destino de la «blanquísima virgen de los espacios» si consuma su sacrificio de amor. ¿Pensaría Altolaguirre en el barro que se llamaba su amigo Miguel Hernández? ¿Preveía ya la gran tragedia cainita que se estaba gestando en sacristías de traición y cuarteles de odio? «Esa ilusión de libertad celeste/es tan sólo una sombra hecha jirones».

fondo en la lucha contra el terrorismo. Cier-

to, pero ¿hacía falta la intervención pública del ministro? El espía no lo duda y recuerda que a Calderón le quedan dos meses para cesar en su cargo, pues en mayo se irá a casa y dejará paso a un civil.

Por dos meses, no merece la pena crear polémicas, ni siquiera como las que comenzaban a aflorar en algunos medios con noticias dirigidas a la línea de flotación de la gestión de Trillo que, al menos a Juan Bravo, le recuerdan a filtraciones con el particular aire de «La Casa».

Juan BRAVO



El feliz y vital Altolaguirre —hermano del alma del imantado y triste Emilio Prados— que dio su sangre, su alma y su poesía a la mejor gente de su patria y sólo reservó para sí la soledad y la amargura, retornó del exilio hecho ceniza de sí mismo, peregrino al azar, hijo del viento y de la pena, para estrellarse con un automóvil en Burgos. Un ángel malagueño, con la sangre encendida de sal y caracola, roto en pedazos en el asfalto anónimo y quebrado de una carretera burgalesa. Sesenta y dos años ya desde esa muerte estúpida y cruel. «Pero un ángel rodando no es un ángel/si no tiene el honor de llegar al abismo». Así de brutalmente llegó al último precipicio de su vida. No pudo saltar sin alas, poco a poco, a su muerte. Subió como del rayo, como esas nubes locas del levante de Málaga que atraviesan veriginosas el cielo de la Alameda, el Parque, la Caleta y el Limonar, donde vivía Manuel con sus hermanos. Ya lo dijo su amigo Neruda: la muerte española es más terrible y triste que otras muertes. Manuel Altolaguirre, vida y muerte española. «Cuerpo de un muerto reflejo en duras tierras ahogado». Altoestrato de lenta y honda libertad. Pesadumbre de tormenta calcinada que se emboca por el inclinado cauce del torrente «como un ala negra de aire/desprendida de hombro alto». Con la entrega del legado de Manuel y de Carmen a la Residencia de Estudiantes, todo Altolaguirre con nosotros.

Joaquín NAVARRO